

UN COMPROMISO UNIVERSAL

Como muy bien dicen Hassan bin Talal y Sadruddin Aga Khan, Presidentes de la Comisión Independiente para los Problemas Humanitarios Internacionales, este libro no es un grito de angustia sino un mensaje de esperanza y una petición de auxilio. El informe, basado en las reflexiones e investigaciones de la ICIHI sobre uno de los mayores desastres que asolan al mundo actualmente, el hambre, trata de ofrecernos posibles soluciones, de sugerir la esperanza de una vida más digna para aquellos que hoy viven afectados por ella, y de hacer una llamada a la solidaridad humana.

A principios de 1970 ochenta millones de africanos estaban afectados por el hambre crónica y la desnutrición. Lejos de disminuir la cifra ha aumentado a cien millones. La población crece más deprisa que la producción de alimentos. Sólo en Etiopía más de mil niños mueren diariamente de desnutrición y enfermedades relacionadas con ella. La mitad de Africa es demasiado árida para ser cultivada y de la otra mitad sólo se cultiva una pequeña parte. La escasez de agua y la degradación del medio ambiente son cada vez mayores.

En las regiones devastadas por el hambre, la cuestión "de quién es la culpa" es casi irrelevante; lo importante es enfrentarse con la realidad presente y asumir la responsabilidad que cada uno de nosotros tenemos en la solución del problema.

Sin embargo, para enfrentarse a la realidad, también existen en el pasado enseñanzas útiles. Es interesante analizar los errores cometidos, no para señalar dedos acusadores, sino para descubrir errores remediabiles. Esto es algo que este libro hace admirablemente al sugerir, después de la revisión de los errores que nos han llevado a la situación actual, una estrategia global para combatir el hambre.

No habrá paz en el mundo mientras haya hambre. No podrán las naciones compartir un lenguaje de progreso y sinceridad ante el futuro mientras cientos de millones de seres vivan humillados por la miseria. Esta es la gran batalla que hemos de desarrollar con todas las armas a nuestra disposición: la técnica, la distribución de los recursos a escala planetaria, la contención y previsión de las plagas y enfermedades, y, sobre todo, un compromiso constante en la lucha por parte de todos y cada uno de nosotros.

En efecto, la responsabilidad para paliar y a largo plazo resolver el problema corresponde a todos, no sólo a los Gobiernos y a las instituciones, sino también a las sociedades y a los individuos. Sería necesario que todos

cuantos leyeran el informe contenido en este libro no sólo asumieran su propia responsabilidad, sino que además infundieran su toma de conciencia del problema a todas las personas con las que estén en contacto.

Es cierto que existen organizaciones, asambleas y canales operativos de todo orden a disposición de esa ofensiva urgente; pero aún no se ha llegado al suficiente entendimiento del alcance ilimitado de esos problemas que nos afectan a todos. El proceso de racionalización de la Naturaleza se estancará en su objetivo de servir a la Humanidad si no se reajusta a la imperiosa demanda de alimentos de las comunidades africanas, asiáticas, iberoamericanas, y de todas las que, en cualquier parte del mundo, viven hundidas por ese azote.

El compromiso debe ser universal y constante. Es fácil reaccionar emocionalmente ante las imágenes de unos niños en estado de depauperación que nos transmite de vez en cuando la televisión, y olvidar después el problema. También hay que imponerse una estrategia a largo plazo y no descuidarse nunca en la puesta en práctica de esta estrategia.

La crisis económica del Africa subsahariana, que amenaza condenar a un continente entero a una miseria humana inimaginable, requiere medidas tajantes en distintas áreas. Entre estas medidas figura la contención de la devastación ecológica, que incluye la erosión del suelo, la pérdida de

los bosques y la sequía, y que requiere un programa especial de investigación.

Otra medida necesaria es la del compromiso universal de solidaridad. Sin ese aliento básico no sería posible la cultura, caería en el vacío la labor de generaciones y generaciones en un socavón moral tan dramático como el que psicológicamente soportan los pueblos hambrientos.

Gobiernos, instituciones, sociedades e individuos deben conseguir que la financiación neta exterior aumente sus flujos a los países que padecen el hambre en progresión geométrica; para esto es necesario establecer un calendario realista para que los países afectados puedan pagar su deuda exterior.

También es verdad que sólo se puede ayudar a los que quieren ser ayudados y que la mayor parte de la responsabilidad en la resolución del problema del hambre corresponde a los países que la sufren. Las ayudas exteriores, por muy masivas que sean, no pueden sustituir esfuerzos que deben hacer los mismos países que sufren el hambre. Hay una serie de problemas económicos que sólo pueden arreglarse "desde dentro".

También debemos recordar que la verdadera caridad no es regalar peces a los pobres, sino enseñarles a pescar. Además de las soluciones concretas que el informe contenido en el libro sugiere, hay otras más generales de tipo económi

co, que consisten en ayudar a los países afectados a desarrollar una estrategia productiva en los sectores económicos en los que su competitividad es mayor. Es evidente que al aumentar la riqueza y el empleo en un país con la creación de puestos de trabajo remunerado se multiplica el número de familias que pueden salir de la plaga del hambre. Fomentar estos planes en muchos de los países afectados no es fácil y constituye un reto para nuestra imaginación y creatividad en los esfuerzos de identificación de proyectos productivos en esos países.

Desde mi asunción de la Corona de España, en 1975, y aún mucho antes en las oportunidades de diálogo que pude realizar con todos los dirigentes del mundo, sirvo al compromiso de corresponder a una política internacional de erradicación del hambre. No se trata de establecer una estrategia providencialista sino de concertar un proyecto auténticamente universal que albergue soluciones dinámicas y que proporcione a los pueblos afectados unas nuevas condiciones de desarrollo socioeconómico.

Por eso esta obra, que me honro en prologar, me parece una valiosa colaboración para todos nosotros. Las estadísticas y reflexiones comparadas que se sistematizan servirán a la planificación y mejor organización de ese salto final hacia la felicidad de las naciones.

Esta es la hora de la solidaridad mundial para un reto dirigido a la conciencia universal y a la de cada hombre. Estamos en guerra contra el hambre y la miseria. La guerra en la que toda la Humanidad ha de alistarse sin miedo y con esperanza.